

EL AÑO SACERDOTAL nuevo

El Papa Benedicto XVI ha convocado un año jubilar sacerdotal que se extiende desde el 19 de junio de 2009 al 19 de junio de 2010, en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, con motivo del 150 aniversario de la muerte, verdadero día natal de San Juan María Vianney, el Santo Patrón de todos los sacerdotes del mundo. Agradecemos al Papa esta convocatoria que ha de ser para todos los sacerdotes ocasión propicia para “reavivar el carisma que está en nosotros por la imposición de las manos” (cf. 2Tm.1,6).

El lema del Año Sacerdotal: “FIDELIDAD DE CRISTO, FIDELIDAD DEL SACERDOTE”. Digamos unas palabras sobre este lema.

La fidelidad de Jesucristo

Jesús es fiel al Padre y a nosotros. Digamos unas palabras sobre cada una de ellas.

* La fidelidad de Jesucristo al Padre es su obediencia hasta el punto de que toda su vida en este mundo está puesta bajo el signo de la obediencia: “mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado” (Jn.4, 34). Con todo, el gesto supremo de confianza y de fidelidad de Jesús a su Padre se produce en el Huerto de Getsemaní cuando Jesús se adentra por los caminos de la pasión y dice: “¡Padre!, no se haga mi voluntad sino la tuya” (Mc.14,36) y en la Calvario donde fue crucificado y dice: “Padre, en tus manos pongo mi espíritu” (Lc.23,46). Aprendamos todos de Jesús: al final de la vida no vamos a la destrucción fatal, ni al fracaso total, ni a la nada abismal. Tenemos la certeza, que nace de la fe, de que nos encaminamos al Padre en cuyo regazo esperamos descansar para toda la eternidad. Tengamos presente que quien nace, vive y muere a la sombra de la cruz despertará en las manos amorosas del Padre para siempre.

* La fidelidad de Cristo a los hombres es su entrega amorosa por ellos: “Padre, aquí estoy por ellos, por su salvación, por su liberación, para gloria de tu Santo Nombre”. Jesús mantiene su fidelidad a pesar de nuestros pecados y flaquezas, infidelidades e ingratitudes, porque no puede negarse a sí mismo. Aunque nos olvidemos del Señor, Él nunca se olvida de nosotros. El Señor nos lleva en el corazón; nos lleva grabados en la palma de sus manos. “Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn.13,1). ¡Cuánto tenemos que aprender del Señor!

¡Sacerdotes, Religiosos, Religiosas, Laicos!

Con San Pablo digamos ahora y siempre: “Yo sé de quien me he fiado”. No abandonemos nunca a al Señor. Hagamos nuestras la plegaria del salmista: “aunque camine por cañadas oscuras nada temo, porque Tú vas conmigo; tu vara y tu cayado me sosiegan” (Sal 22, 4).

Florentino Muñoz Muñoz
Sacerdote

EL AÑO SACERDOTAL

La fidelidad del sacerdote

“Que se nos considere como ministros de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien: lo que se exige a los administradores es que sean fieles” (ICor 4,1-2).

La fidelidad del sacerdote es fruto de la gracia de Dios: está sostenida, conducida y vivificada continuamente por la gracia de Dios. La fidelidad es un don de Dios que se convierte en nuestras manos en una tarea: hemos de cuidar y guardar la fidelidad.

Los sacerdotes hemos de permanecer fieles a Dios y a Jesucristo así como a la Iglesia, durante toda nuestra vida. Contemos con la ayuda divina para ser fieles en la fe, en la vida cristiana y en el sacerdocio, y así llegar a vivir y reinar con Él por toda la eternidad.

Contemplemos a Jesucristo, “el Amén, el testigo fiel y veraz” (Ap 3,14), “el misericordioso y sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo” (Heb 2,17) y aprendamos de Él a ser fieles al Padre, sin darle la espalda nunca.

Demos gracias a Jesucristo, “el testigo fiel” (Ap 1,5), que nos mantiene en la fidelidad. Si somos fieles es porque Cristo es fiel y nos sostiene en nuestra fidelidad, aun en medio de nuestras debilidades y flaquezas.

La fidelidad del sacerdote tiene un alma que es el amor: permaneceremos fieles a Dios y a Jesucristo, si de verdad los amamos. Por otra parte, la fidelidad es la prueba y el signo del amor verdadero ya que el amor verdadero no se da a plazos ni con condiciones sino que se entrega de una vez y para siempre.

Recordemos estas inmensas palabras que San Pablo escribe para todos:

“¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?...Pero en todo esto salimos vencedores gracias a aquel que nos amó. Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida (...) ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rm.8, 35-39).

Esta certeza debería estimularnos y movernos a perseverar en la fidelidad a Jesucristo que nos amó y se entregó por nosotros. San Pablo

entiende esta fidelidad como unión con Jesucristo en el amor. No nos apartemos nunca del Señor.

Traigamos también aquí la exhortación de San Juan para los cristianos:

“No temas por lo que vas a sufrir (...) Mantén te fiel hasta la muerte y te dará la corona de la vida” (Ap 2,10).

A la luz de este texto de San Juan, queremos hacer una llamada a todos: sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos:

- * Perseveremos en el seguimiento de Jesús, aun a costa del sacrificio supremo de la vida;

- * Demos testimonio de nuestra fidelidad a Cristo en su santa Iglesia hasta el final de nuestra vida;

- * Recordemos con paz y gozo el ruego de Jesús al Padre por nosotros: “Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno con nosotros” (Jn.17,11).

Florentino Muñoz Muñoz
Sacerdote

EL AÑO SACERDOTAL

¿Qué peligros pueden acechar a la fidelidad ?

La fidelidad del cristiano (sacerdotes, religiosos, laicos) puede verse amenazada por peligros y tentaciones que nunca hemos de provocar y siempre hemos de evitar y superar con la ayuda del Señor. Entre ellos enumeramos los siguientes:

* La mediocridad. Nuestra fidelidad puede devaluarse y perderse si se instala y se deja atrapar uno por la mediocridad, la hipocresía, la superficialidad...Recordemos y meditemos estas palabras del Apocalipsis: “No he encontrado tus obras perfectas a los ojos de mi Dios” (Ap 3,2).

* La inercia, la pasividad. Nuestra fidelidad puede perderse a causa de la mera costumbre, la rutina, el acomodo a los gustos de este mundo: “Conozco tu conducta: no eres ni frío ni caliente” (Ap 3,15).

¡Hermanos sacerdotes! No nos limitemos nunca a “ir tirando” porque esto no nos ayuda ni a vivir nuestra específica espiritualidad como presbíteros diocesanos seculares ni a ser sacerdotes comprometidos en el ministerio pastoral.

* La falta de ilusión. Las dificultades que aparecen en el ejercicio del ministerio pastoral pueden sembrar en nosotros la falta de ilusión, de esperanza...Entonces nuestra fidelidad puede dejarse atrapar por un cierto escepticismo, por un nihilismo que a nada conduce, por la ociosidad. Todos somos conscientes de que esto no nos hace bien: “Tengo contra ti que has perdido tu amor de antes” (Ap.2,5). No perdamos el amor primero cuando nos consagramos al Señor para siempre y con todo el fervor de nuestra alma, cuando hicisteis vuestra profesión religiosa perpetua, cuando unisteis vuestras vidas en el matrimonio cristiano.

* Un mundo en cambio, relativista...Nuestra fidelidad puede verse debilitada, amenazada y turbada por un mundo en cambio continuo y permanente y por una cultura relativista.. Si una persona se acostumbra al “todo vale”, “todo da igual”,..., creemos que la fidelidad se desvanece...Si nos dejamos configurar y construir por la cultura de la publicidad y del consumo, puede resultarnos difícil perseverar y permanecer en fidelidad al Señor y a los valores del Reino de Dios.

Florentino Muñoz Muñoz
Sacerdote

EL AÑO SACERDOTAL

¿Cómo podemos cuidar y asegurar nuestra fidelidad?

No nos desanimemos nunca, ni siquiera cuando aparezcan en nuestra vida, en nuestro ministerio, en vuestra vida religiosa, en vuestro matrimonio, las dificultades o cuando constatamos que hemos fallado...Es entonces cuando debemos volver con más intensidad y amor al Señor que siempre nos acoge con su inmenso y desmedido amor. He aquí unos caminos, unos medios...para perseverar en la fidelidad a Jesucristo. Creemos que estos medios son válidos para todos, respetando siempre lo específico y peculiar de cada carisma, vocación, ministerio recibido.

* La oración: pedimos la fidelidad a Cristo para todos ya que sin la ayuda de Cristo nada podemos hacer: “separados de Mí no podéis hacer nada” (Jn.15,5). Con palabras claras Jesús nos dijo y nos dice hoy: “el que escucha mis palabras y las pone en práctica es como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca” (Mt 7,24). En la oración, pongámonos a la escucha de la Palabra del Señor sabiendo que nos juzga y critica, nos edifica y construye, nos alienta y nos guía. Pidamos al Señor cada día y con humildad la perseverancia, la fortaleza y el amor suficiente para corresponder con ilusión a los dones que el Señor nos ha dado. Supliquemos al Señor que “no nos deje caer en la tentación” del tedio, del cansancio, del hastío, del desaliento, de la infidelidad. Roguemos con amor, confianza y humildad al Señor que nos dé el don de la fidelidad, de la perseverancia.

* El estudio. Y junto a la oración, el estudio que alimenta la mente, el corazón, la vida, el ministerio, la espiritualidad de cada uno. No caigamos en el ocio, ni en el vacío..., porque correríamos el riesgo de llenarnos de lo que ni es bueno ni conveniente, ni edifica ni construye. Recuperemos la confianza en la razón abierta al misterio de Dios. No nos conformemos con el pensamiento débil que es incapaz de plantearse los grandes interrogantes del ser humano: sus orígenes, el sentido de su vida, el deber moral, el destino final...

* La fidelidad diaria: demos al Señor nuestros pequeños y cotidianos síes aunque sea difíciles y dolorosos... “Necesitáis paciencia en el sufrimiento para cumplir la voluntad de Dios y conseguir así lo prometido” (Hb 10,36). El sacerdote debe saber vivir en soledad sin hacer dramas, asumir los aparentes fracasos sin caer en la decepción, aceptar no obtener los frutos inmediatos y apetecidos sin derrumbarse. Al final de la vida, el Señor

dice: “¡Muy bien, siervo bueno!; ya que has sido fiel en lo mínimo, toma el gobierno de diez ciudades” (Lc 19,17).

* La vida coherente y conforme con el evangelio de Cristo: “Fijaos en aquel que soportó tal contradicción de parte de los pecadores, para que no desfallezcáis faltos de ánimo” (Hb 12,3). Podemos decir que el fundamento de nuestra fidelidad no está en nuestros éxitos, en nuestras conquistas, sino en el amor fiel de Dios, en nuestra entrega generosa a Jesucristo: “Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en al flaqueza” (II Co 12,9).

Florentino Muñoz Muñoz
Sacerdote

EL AÑO SACERDOTAL

¿Cómo podemos cuidar y asegurar nuestra fidelidad?

En el artículo anterior ofrecimos una serie de medios que pueden ayudar al sacerdote a mantener viva y operante, gozosa y esperanzada, su fidelidad al Señor, al Reino y a su ministerio pastoral. En este nuevo artículo, ofrecemos otros medios.

* El apoyo fraterno de los hermanos del presbiterio diocesano. Necesitamos la ayuda de los hermanos presbíteros para mantener nuestra fidelidad, ya que las opciones evangélicas asumidas se viven con dificultad en solitario. Los sacerdotes, hombres de esperanza y de fidelidad, debemos compartirlas con nuestros hermanos. Los débiles necesitan el apoyo de los fuertes, y los fuertes deben ser humildes ya que nuestra suficiencia viene de Dios. Debemos vivir en comunión eclesial para perseverar. Todos necesitamos la ayuda y el apoyo de todos y de la Iglesia: la Diócesis, la Parroquia, la Comunidad cristiana... No vivamos en solitario porque es muy posible que terminemos endureciéndonos en nuestros propios criterios y empobreciéndonos en nuestra soledad. Una vida triste es una vida donde ha desaparecido el amor verdadero y donde es posible que sólo queden las apariencias, la ficción... Esto no es camino ni es bueno.

Y si decimos esto de los sacerdotes, también lo podemos afirmar de los religiosos, religiosas y laicos, respetando su carisma peculiar y su condición propia. Todos necesitamos la ayuda del Señor y el apoyo de los demás. Nadie es autosuficiente por sí mismo.

* La confianza en el Espíritu Santo. El Espíritu Santo nos da la gracia para mantenernos en la fidelidad al Señor y para que nuestra entrega al Señor sea cada vez más completa y perfecta, más gozosa y más evangélica. Abraham nos dio un ejemplo admirable: “Por la fe, Abraham, sometido a la prueba, presentó a Isaac como ofrenda, y el que había recibido las promesas, ofrecía a su unigénito” (Hb 11,17).

* La renuncia. Dejemos atrás caprichos, gustos... Centrémonos en lo que es verdadero y auténtico: el amor a Jesucristo, la plena disponibilidad ante el ministerio sacerdotal y la gozosa dedicación al mismo.. El que ha descubierto la perla preciosa del Reino de Dios vende con alegría todo lo que tiene para comprarla y adquirirla. Seducidos por el Señor lo siguen por los caminos del Reino de Dios que son las bienaventuranzas.

* El acompañamiento espiritual. Este nos es siempre necesario en el camino de la fidelidad. Revisémonos nosotros mismos ya que todos experimentamos o podemos experimentar la tentación de la comodidad, de olvidarnos de los grandes ideales, de volver la vista atrás... Y dejemos que otro hermano nos ayude en el discernimiento, en el camino del seguimiento de Jesucristo, en la fidelidad al ministerio sacerdotal, en la ruta hacia la santidad..

Que este año sea un año en el que crezcamos en la fidelidad, sabiendo que la roca sobre la que se apoya esta fidelidad es el amor de Dios con el que nos ama siempre y el amor de Cristo que no nos abandona nunca. Por eso, hagamos de nuestra vida una alabanza y una doxología perpetua a Dios.

Terminamos con estas hermosas palabras de Santo Padre que hace una constatación y un elogio sencillo pero verdadero de tantos y tantos sacerdotes que viven en fidelidad:

“Y ¿qué decir de la fidelidad entusiasta de tantos sacerdotes que, a pesar de las dificultades e incomprensiones, perseveran en su vocación de “amigos de Cristo”, llamados personalmente, elegidos y enviados por Él” (Benedicto XVI).

Florentino Muñoz Muñoz
Sacerdote

AÑO SACERDOTAL

Que los sacerdotes vivan con gozo su identidad

En este artículo pondremos de relieve la referencia cristológica del sacerdote. “El presbítero encuentra la plena verdad de su identidad en ser una derivación, una “participación específica y una continuación del mismo Cristo, sumo y eterno sacerdote de la nueva y eterna Alianza: es una imagen viva y transparente de Cristo Sacerdote”. Por eso el Papa afirma: “la referencia a Cristo es, pues, la clave absolutamente necesaria para la comprensión de las realidades sacerdotales” (PDV 12).

Jesús es el medidor entre Dios y los hombres: “porque hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también” (ITm.2,5). El misterio de Cristo es un misterio sacerdotal, de mediación entre los hombres y Dios. Con su pasión y su resurrección Cristo ha sido constituido mediador perfecto poseyendo las dos cualidades básicas para realizar la mediación sacerdotal: la autoridad y la misericordia. En efecto, Jesús está plenamente autorizado para las relaciones con Dios, y, como hermano de los seres humanos, solidario hasta el extremo, adquirió la capacidad de compasión para las relaciones con nosotros (cf. Heb.2, 17). Ya Jesús había dicho que tiene un corazón “manso y humilde” (Mt.11,29). Un corazón manso significa un corazón fraterno, misericordioso con los hombres (Hb.5,2). Un corazón humilde significa un corazón dócil y filial hasta la obediencia de la cruz (Hb5,4-5).

Vemos, pues, que estas dos cualidades están presentes en Cristo. En efecto, si Jesús fuera sólo el sumo sacerdote glorificado en el cielo, podríamos acercarnos a él, pero tal vez lo encontraríamos demasiado lejos de nosotros. Si Jesús fuera sólo misericordioso con nosotros tal vez lo veríamos cercano a nosotros pero tal vez no lo veríamos con la debida autoridad.

El Sacerdote, sacramento de Cristo mediador. Cristo, mediador de la Nueva Alianza, ejercita su mediación fundada sobre su corazón, por medio de los “ministros de la Nueva Alianza” (2Cor 3,5). El sacerdote encuentra la plena verdad de su identidad en ser “una participación específica y una continuación del mismo Cristo sumo y eterno sacerdote de la nueva y eterna alianza: es una imagen viva y transparente de Cristo sacerdote”. El Sacerdote es sacramento de Jesucristo mediador sacerdotal.

El sacerdote, por participar del sacerdocio de Cristo, debe tener estas dos capacidades de relación, que se complementan recíprocamente: autoridad y misericordia. En efecto, han de ser instrumentos, al mismo

tiempo, de la autoridad sacerdotal de Cristo glorificado y de su extraordinaria misericordia para con los hombres. Expliquemos esto:

* Ser “digno de fe” desvela la capacidad de poner al hombre en relación con Dios. Los sacerdotes participan de la autoridad de Cristo Sumo Sacerdote para guiar al Pueblo de Dios, por lo que deben rendir cuentas a Jesucristo, “el gran Pastor de las ovejas” (Heb.13,20).

* Ser “misericordioso” muestra la capacidad de comprensión y de ayuda fraterna para los seres humanos, que son tan necesitados. Los sacerdotes no repiten la misericordia del Señor sino que sólo la hacen presente sacramentalmente en este mundo, de manera especial, para los pobres, necesitados y pecadores.

Estas dos cualidades deben estar juntas necesariamente en un sacerdote. En efecto, un hombre compasivo para con los hermanos, pero no acreditado ante Dios no podría ejercer la mediación sacerdotal, establecer la Alianza. Su compasión sería filantrópica, permanecería sólo a nivel terreno. Un hombre acreditado ante Dios, pero al que le faltase el lazo de la solidaridad con los hombres, no podría ser nuestro sacerdote. Su posición de autoridad no sería para nuestro bien. La unión de estas dos capacidades de relación es fundamental para el sacerdote de la Nueva Alianza.

Florentino Muñoz Muñoz

Año Sacerdotal

Que los sacerdotes vivan con alegría su misión de pastores

En este artículo seguimos reflexionando sobre la identidad y misión del sacerdote. Y lo hacemos contemplando a Jesucristo como Pastor.

Jesús es el Buen Pastor. Es una imagen entrañable y llena de contenido. Jesús es el Buen Pastor según el corazón de su Padre. Ha sido enviado por su Padre a nuestro mundo para reunir a los hombres dispersos. Conoce con amor a sus ovejas, las llama por su nombre, las guía con firmeza y comprensión, sienten compasión de ellas, las busca sin descanso cuando se pierden, las recoge y las carga sobre sus hombros al encontrarlas, las lleva al redil, hace fiesta al llegar con ellas al redil, les prepara una mesa alimentándolas con su propia vida, las apacienta y da su vida por ellas (Jn.10). El Buen Pastor se hace pasto para sus ovejas. ¡Qué maravilla! Gracias, Señor.

El sacerdote, sacramento de Cristo Pastor. En virtud de la consagración realizada por el Espíritu Santo en el sacramento del Orden, los sacerdotes con “configurados con Cristo Cabeza y Pastor”, son signos visibles e históricos de Jesucristo Buen Pastor “en la Iglesia y también al frente de la Iglesia”, “están capacitados y comprometidos para el ministerio ordenado, vivificados por la caridad pastoral” (Juan Pablo II).

Jesucristo, el Buen Pastor se hace presente en la historia en y a través de los sacerdotes: “Los presbíteros son llamados a prolongar la presencia de Cristo, único y supremo Pastor, siguiendo su estilo de vida y siendo como una transparencia suya en medio del rebaño que les ha sido confiado” (PDV 15). Esta es la gracia que los sacerdotes reciben. Y esta es la responsabilidad que asumen: ser pastores como el Señor, dejar que el pastoreo de Cristo se realice y manifieste a través de su ministerio pastoral.

Más aún, en virtud de su consagración, la vida espiritual del sacerdote ha quedado marcada, caracterizada, plasmada por las actitudes y comportamientos de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia, los cuales se compendian en la caridad pastoral que es amor de adhesión e identificación con Cristo y amor primario y total a la Iglesia. Esta caridad pastoral es participación de la misma caridad pastoral de Jesucristo: “don gratuito del Espíritu Santo y, al mismo tiempo, deber y llamada a la respuesta libre y responsable del presbítero”. El contenido esencial de la caridad pastoral es la donación de sí, la total donación sí a la Iglesia, compartiendo el don de

Cristo y a su imagen. “No es sólo aquello que hacemos, sino la donación de nosotros mismos lo que muestra el amor de Cristo a su grey” (PDV 23).

Por otra parte digamos que la caridad pastoral caracteriza el ejercicio del ministerio sacerdotal como “oficio de amor” ya que su contenido esencial es la total donación de sí a la Iglesia, compartiendo el don de Cristo y a su Imagen. El don de sí no tiene límites. Además, la caridad pastoral es el alma de nuestro ministerio que queda así imbuido y penetrado de la caridad de Cristo que nos impulse a entregar la vida por todos, especialmente por los necesitados, los pobres, los excluidos....El sacerdote ha de hacerse pan partido para la vida del mundo, ha de servir a todos con el amor de Cristo, que nos amó “hasta el extremo” de dar su vida por todos, ha de entender y vivir su existencia desde la proexistencia: vivir desviviéndose por todos. “Somos vuestros pastores, con vosotros somos apacentados. El Señor nos dé la fuerza de amaros hasta el punto de poder morir real o afectivamente por vosotros” (S. Agustín).

Florentino Muñoz Muñoz